

MIGUEL GALANES

¿Llegará este mismo mar a ser otro desierto,
y este desierto, acaso, a ser otro mar?
Nadie como el labrador conoce
la dureza del campo y la fuerza
con que lo atrae.
La memoria de la carne
y la herencia de toda una saga
dejan posos de silencio en sus huesos
y desconfianza ante los ojos que los miran.
Labran la tierra al tiempo que labran sus cuerpos;
con los gestos del deseo poseen la tierra,
y en su posesión yacen, por siempre,
enterrados con sus propias manos.
Los surcos en sus rostros los conducen
hasta las raíces de un terreno sin historia,
y sin títulos ni homenaje alguno.
Asientan toda la ilusión en los linderos de las estaciones.
Se dicen a sí mismos: "Estas inmensas piedras,
que muy poca gente conoce, forman parte del mundo."
La intemperie y los rigores del campo
han determinado su particular manera de ser;
pero también ellos se imponen, y campan,
con toda su firmeza y su valor.
Las heridas y los recovecos, tan profundos,
que el viento, el calor y el agua les dejan
no aumentan sus penas; muy al contrario,
son arcas donde resguardan sus méritos:
El conocimiento del mundo, las inquietudes
de algunos animales y el ritmo de las estaciones.
La sabiduría y el misterioso canto de la tierra
bajo la superficie de este memorial escrito.